

sonaba el esquilón, y Tilín corrió hácia ella.

—Es usted libre—le dijo. — Pida usted hospitalidad á los frailes de Regina Cœli... Me confieso vencido. El Demonio se ha reído de mí.

—No me sigas, malvado, no me sigas.

—¿Qué pensarán de una religiosa que se presenta sola, á estas horas, pidiendo asilo en un convento de frailes?

La monja se detuvo.

—¿Qué importa?—dijo.—Todo antes que estar en tu poder, monstruo. No me sigas.

—Yo también quiero pedir hospedaje en Regina Cœli, yo también: estoy cansado.

Pero Teodora había adelantado y no le oía. Corriendo entre los árboles, perdióse por un momento; pero al fin pudo salir á donde se veía la obscura mole de Regina Cœli. El esquilón seguía tocando. La dama vió una puerta y en la puerta luz, y esta luz iluminaba una figura, un hombre, un fraile, cualquier cosa... Sin vacilar corrió hacia él.

XXVII

—¡Una monja!—exclamó con asombro el que estaba en la puerta, que era un viejecillo tembloroso y caduco, empaquetado dentro de una sotana, y que ni aun parecía tener fuerzas para sostener la linterna con que se alumbraba, y cuyos rayos caían principalmente sobre la pechera encarnada de un se-

gundo personaje vestido con uniforme militar.

—¡Una monja!—repitió éste, antes que la de Aransis tuviera tiempo de exponer el objeto de su peregrina visita.

—Sí, una monja—dijo ella,—una pobre monja de San Salomó, que se ve obligada á pedir auxilio á los religiosos, caballeros, militares ó quienes quiera que sean los habitantes de esta casa.... Pero si no me engaño estoy hablando con D. Pedro Guimaraens.

—El mismo, señora—repuso el bravo coronel quitándose galantemente el sombrero y dirigiendo hacia el semblante de la religiosa los pálidos rayos de la linterna.—Me parece que estoy viendo á Sor Teodora de Aransis.

—Esa soy yo... Usted no comprenderá mi presencia aquí—dijo muy turbada la dama, como quien aún no ha inventado bien la mentira que va á decir.—Ya sabe usted que anoche nos quemaron el convento... Yo iba á casa de mis tíos, á Balaguer, porque me encuentro muy enferma... ¡cosa tremenda!... el coche en que iba se ha roto... roto el eje... me ví sola en medio del camino... sola no... con el criado de mis tíos.

—No se necesitan explicaciones para dar alojamiento á la buena madre—declaró Guimaraens menos atento á las cuitas de Sor Teodora que al ruido de caballos que cerca se sentía.—Yo estoy aquí cumpliendo un deber militar que me ha encargado el conde de España... ¿Sabe usted?... Este sitio es el mejor para cortar la comunicación de los valles

del Cardoner con la Conca de Tremp... Estoy aquí con un pequeño destacamento esperando las fuerzas que han de llegar á la madrugada...

Y volviéndose al frailecillo, añadió:

—Nuestro bendito padre Martín de la Concepción se ha cansado de tocar la campanilla, y es preciso que no cese de tañer un momento para que la brigada pueda dirigirse aquí sin equivocarse, porque esos niños de Madrid no conocen estas tierras... Que toque, que siga tocando... Pues sí, señora mía, aquí podrá usted reposar hasta mañana. No hay comodidades de ninguna especie, ¿verdad, Padre Juanico?

—No importa—dijo la dominica entrando en el atrio.—Me basta con hallarme en lugar seguro.

—Y dispéñeme la reverendísima madre—indicó D. Pedro haciéndole otra cortesía sombrero en mano,—que no la acompañe en este momento, porque siento ruido de caballerías, y si al principio me parecía tropel de arrieros que iban al mercado de Castellnou, ahora me parece una partida fugitiva que pasa.

—Vaya su excelencia—dijo el frailecillo.—Yo acompañaré á la reverendísima madre á la única habitación que tenemos para cuando se nos presenta algún forastero... ¿No ha traído la señora servidumbre? ¿No ha venido con la señora alguna otra madre, ó un par de madres, ó media docena de madres?

Incapaz de responder á estas preguntas, la monja calló, dejándose guiar por el padre.

Juanico. En el ruinoso patio sintió rumor de soldados que jugaban ó cantaban coplas tendidos en el suelo. Tan aturdida estaba la buena madre, que no había formado aún juicio alguno sobre su nueva situación, si bien se veía segura y salva por el respeto que entonces infundía á la gente armada el hábito religioso. Erale sí forzoso desplegar un poco de ingenio para explicar su presencia en Regina Cœli sin ocasionar interpretaciones malignas, y para hacerse trasladar á Solsona sin peligro de caer de nuevo en los terribles brazos del dragón que la perseguía.

Don Pedro salió á toda prisa acompañado de algunos soldados, mientras el padre Juanico guiaba á Sor Teodora por un claustro medio derruido siendo preciso mucho cuidado para no tropezar en las piedras que obstruían el paso.

—Esta casa, señora—dijo el caduco fraile,—está así desde la acometida de los franceses el año 10. Regina Cœli era una casa de clérigos regulares. ¡Ah! entonces éramos treinta y cinco, ya no somos más que dos, el padre Martín de la Concepción y un servidor de Vuestra Maternidad reverendísima... Creo que ha sido horrible eso de San Salomó.

El padre Juanico se detenía á cada seis pasos para contemplar el rostro de la señora, y alzando no sin esfuerzo su cabecilla flaca y colgante, obsequiaba á la monja con una sonrisa senil harto grotesca.

—Sólo dos, señora—añadió alumbrando el piso lleno de piedra.—Vivimos de limos-

na... vivimos tranquilos, esperando la muerte que ha de asemejarnos á estos escombros, á estas piedras, á este cadáver descompuesto de Regina Cœli. Lo poco que aún vive de Regina Cœli será polvo también... Pues como decía á la señora, los dos hermanos vivimos aquí tranquilamente, es decir vivíamos tranquilamente hasta esta noche á las diez, hora menguada en que se nos metió por las puertas el Sr. D. Pedro Guimaraens con sesenta soldados de Su Majestad... ¡Linda noche nos ha dado!.. Al pobre Martín de la Concepción lo tiene desde hace dos horas tocando la esquila... y no quiere que se canse el buen hombre, sino que toque y toque... Estos demonches de militares son muy déspotas, señora... Cuidado no tropiece usted en la losa de ese sepulcro... Por aquí, señora, por aquí... y aún falta lo mejor. Esos toques de la esquila son para avisar á una brigada entera, á una brigada de demonios uniformados que viene á tomar posesión del convento... Estamos lucidos... ¡Venir á turbar á dos pobres religiosos moribundos que esperamos por instantes la última hora!... En fin, paciencia nos dé Dios. Aceptemos este caliz no tan amargo como el que supo apurar Su Divina Majestad en la noche de su pasión... El pobre hermano Martín se ha cansado otra vez de tocar... En fin, señora, esta es la única habitación que podemos ofrecer á Vuestra Maternidad reverendísima para que pase la noche... Iré á ver si han llegado los de la servidumbre de Vuestra Maternidad reverendísima.

—¡Esta es la habitación!...—exclamó llena de asombro la madre Teodora de Aransis contemplando las desnudas paredes de una sala inmensa, helada, vacía, con el techo agujereado y el piso hecho de escombros.

—No tenemos otra. En cuanto á lecho para dormir no espere Vuestra Maternidad que se lo ofrezcamos, porque no lo tenemos. Martín de la Concepción y yo dormimos en el suelo.

La madre volvió á mirar no menos espantada que la vez primera el antro en que se hallaba. Un pedazo de altar y un rimerero de tablas carcomidas eran los únicos asientos. Algunas piedras sepulcrales llenas de escudos é inscripciones formaban apiladas como una especie de mesa.

Aterrada en el primer momento, Sor Teodora se serenó pronto comprendiendo que no estaba en el caso de pedir gollerías.

—Está bien, reverendo hermano—dijo.—Deme usted una luz y ayúdeme á cerrar estas ventanas.

—Estas dos ventanas no se pueden cerrar—dijo el frailecito con burlona sonrisa.—Tampoco se cierra la puerta, en una palabra, madre reverendísima, aquí no se cierra nada. En Regina Cœli no hay llaves, ni cerrojos, ni trancas, ni candados. Puede Vuestra Maternidad entornar las puertas y afianzarlas con un palo. Como no hay viento no se abrirán... Traeré la luz al momento.

Largo rato estuvo sola y á obscuras la buena monja embebida en hondas reflexiones sobre su situación, y ya se impacientaba de

la obscuridad cuando volvió el padre Juanico tan apresurado como sus piernas medio muertas se lo permitían. Puso una lámpara de cobre sobre el montón de piedras sepulcrales que hacían las veces de mesa, y dejándose caer sobre un madero, dijo suspirando:

—Déjeme Vuestra Maternidad que descanse un rato... no puedo tenerme... Este renegado Guimaraens va á quitarnos la poca vida que tenemos... ¿Oye usted? todavía repica el desventuradísimo Martín de la Concepción... ¡Ay! cómo me canso, señora, con estas idas y venidas. A estas horas estaríamos el hermano y yo roncando riquísimamente sobre nuestras tablas si estos Barrabases no se nos hubieran metido aquí... Y lo que falta, pues, y lo que falta.

—Paciencia, hermano—dijo la dominica sentándose también.

—Pues como iba contando—prosiguió el fraile demostrando menos cansancio de lengua que de piernas,—esos hombres á caballo que iban por el camino eran los de la partida de Garrote que hace días pasó para Solsona y ahora se vuelve á su país. El Sr. de Guimaraens les ha quitado algunas armas y les ha dejado seguir. Llevaban consigo un prisionero, un hombre malvado de esa infame ralea de jacobinos. Es, según dicen, el que pegó fuego á San Salomé.

Sor Teodora suspendió tan bruscamente sus reflexiones que se la habría creído picada por el aguijón de una víbora. Clavó los negros ojos en el rostro excesivamente ma-

duro y pasado del padre Juanico que alentado por la atención que á sus palabras se prestaba, añadió:

—Garrote que va en retirada y sin armas ha dejado aquí al prisionero para que el señor Guimaraens haga un poco de justicia. ¡Hace tanta falta en estos tiempos!... Le van á fusilar.

Sor Teodora se levantó. Un lúgubre rumor que en el patio se oía llamó vivamente su atención. Miró por la ventana que al patio daba.

—Ahí le llevan—dijo el fraile señalando al patio donde se distinguían grupos moviéndose con algazara.—Le van á meter en la cueva, en lo que era panteón y ahora nos sirve de leñera.

Sor Teodora no vió nada más que sombras, pero comprendió lo que pasaba. El corazón se le salía del pecho latiendo con desusada violencia.

—Adiós, señora, que pase Vuestra Maternidad reverendísima buena noche—dijo el padre Juanico tomando su linterna.—¡Ah! me olvidaba de advertir á Vuestra Maternidad que el Sr. Guimaraens pasará á verla. Me lo ha dicho. Sin embargo estará muy ocupado en toda la noche. Parece que ya llega la brigada que esperaban... ¡Gracias á Dios que descansa el pobre Martín!... Buenas noches... He visto entrar á varios paisanos... la servidumbre de Vuestra Maternidad reverendísima.

—Yo no tengo servidumbre—dijo Sor Teodora bruscamente.

—¿Ha venido Vuestra Maternidad sola?— exclamó el padre Juanico desplegando toda la piel de los ojos.

—Sola, sí, sola— afirmó la dama con energía sin pensar en su reputación.

El padre Juanico iba á persignarse, pero no se persignó. Creyó que debía marcharse... y se marchó.

La de Aransis dió algunos pasos hacia la puerta, después retrocedió... Llevóse las manos á la cabeza, cruzólas después. Puede afirmarse que en los treinta y dos años de su existencia no había conocido su alma un afán tan grande. Tan grande era, que la última aventura de Tilín le parecía cosa lejana, indigna de fijar su atención, y en verdad aquel drama terrible, puramente externo y que en nada afectaba á sus sentimientos, le parecía muy menguada cosa en comparación de la íntima sacudida que ora sentía en su alma.

Tan absorta estaba, tan atenta á sí misma, que no observó que era espiada. Fuera de la ventana abierta á un segundo patio lleno de ruinas, un espantajo negro la vigilaba. Ella no veía el brillo verdoso de los ojos del buho acechando su presa.

XXVIII

Sí, aquel tenaz guerrillero, D. Carlos Garrote, cuya cólera hirviente, cuyas palabras amenazantes encerraban un gran fondo de rectitud, porque anunciaban su odio á las in-

trigas y á las transacciones indecorosas, tuvo que abandonar parte de sus armas en Regina Cœli. Habría sido petulancia sostener un combate. El no se sometía; pero se retiraba de la lucha. No disparaba un tiro en contra de la causa apostólica; pero tampoco en pró del Rey, cuya doblez conocía como nadie. Defe-rente y cortés con D. Pedro Guimaraens, á quien por sus altas cualidades apreciaba, no sólo le entregó algunas armas, sino también un valioso prisionero, y después de recomendarlo al señor coronel con la mayor eficacia, siguió adelante, para buscar por la Conca de Tremp el camino de Aragón.

No estaba á cien varas de Regina Cœli cuando su pequeño ejército inerme fué detenido por otro armado y relativamente grande. Era la brigada que esperaba Guimaraens, y que había sido mandada por el conde de España para ocupar á Regina Cœli. Guimaraens, á quien España dió el día anterior pequeñas comisiones, fué encargado de ocupar previamente á Regina Cœli, en la previsión de que alguna pequeña partida se apoderase de punto tan conveniente, y de esperar allí á la brigada. El aviso de la campana fué cosa convenida entre el jefe de ésta y Guimaraens.

Garrote sabía que probablemente encontraría aquella tropa, sabía también quién la mandaba, y así con la esperanza de refrescar cordiales y antiguas amistades, luégo que las avanzadas le detuvieron, preguntó:

—¿En dónde está el jefe? ¿En dónde está

mi amigo queridísimo el Sr. D. Francisco Chaperón?

Fuéle respondido que no lejos venía, y poco después el valiente soldado navarro y el antiguo presidente de la Comisión Militar Ejecutiva se daban estrechísimo abrazo en mitad del camino, alargando cada cual el cuerpo sobre el caballo, de modo que por un instante parecieron un sólo hombre sobre dos brutos.

—Por vida del Santísimo Sacramento—dijo el brigadier (1)—que no creí tener sorpresa tan agradable. Sabía que andaba usted por estos barrios... ¿Y á dónde se va? Supongo que en retirada.

—Me voy á mis montañas, me voy sin armas, sin ilusiones, sin esperanza por ahora... Han querido meterme en intrigas, y enlodarme con estos inmundos arreglos, y... me voy, me voy. ¡Esto es una farsa, Sr. D. Francisco, pero qué farsa!

—Hombre ¡qué diantres! ya sabemos que en el mundo todo es farsa... Pero ¿á qué conducía esta guerra? Francamente, hablemos como hombres formales... más adelante, no digo que no; pero ahora... ¡Vaya con las diabluras catalanas! Es preciso sofocar esto, echarle tierra á todo trance, antes que tome vuelo, porque sino se aprovecharán de ello los liberales. Es lo que yo digo: divídase el partido del orden y tendremos á los masones tirándonos de la nariz...

(1) Véase el retrato de este personaje en *El Terror de 1824*.

—Los liberales tienen poco que ver en este negocio.

—¡Qué error! Por donde quiera que vamos recibimos noticia de tramas horribles. Ellos son los que con halagos y promesas inclinan á los guerrilleros á no someterse. Yo le digo al conde de España: "Señor conde, mientras quede uno de esos, no tendremos paz en el reino," y el conde es de mi opinión. A veces me dice: "Chaperoncillo, aquí hay que amenazar á un lado y dar á otro," y yo soy también de esa opinión. Estoy contento de haber enviudado de aquella endiablada Comisión que me dió tantos disgustos, y de haberme casado con esta guerra. Me gustan los campamentos más que las oficinas, y nuestro jefe me agrada mucho. Es riguroso, y hace cumplir la ordenanza con crueldad; pero eso es bueno, eso es bueno. También sabe premiar á los que sirven con celo y á los que ejecutan sus órdenes con prontitud y sin vacilaciones... Con que amigo mío... Por vida del Santísimo Sacramento, estoy por decirle á usted que vuelva grupas y me acompañe á Regina Cœli, que ya debe de estar cerca... allí echaremos una copa y fumaremos un cigarro.

—No puedo, Sr. D. Francisco... Regina Cœli está á dos pasos: allí descansará usted. Por cierto que le he dejado á usted allí un buen regalo.

—¿Algo de cena?—dijo D. Francisco, haciendo con su mano en las inmediaciones de la fiera boca el gesto vulgarísimo que denota buen apetito.

—Nada de eso.

—¿Pues qué?

—Un liberal.

—¿Y para qué quiero yo un liberal, como no sea para fusilarlo?

—Precisamente para eso.

—¿Sí? Por vida del... ¿Y quién es?

—Un gran delincuente. Anoche le cogimos *in fraganti*. Había pegado fuego al convento de San Salomó en Solsona.

—Hombre, ¡qué alhaja! Para encontrar estos primores no hay otro como usted.

—Vino á España enviado por los de Londres para tejer una de tantas conspiraciones. Es pájaro de cuenta: le conozco hace tiempo. Es de los que figuraron cuando las Cabezas... Después anduvo en masonerías y comunismos.

—¡Preciosísimo!

—Es paisano mío. Se llama Salvador Mon-salud.

—Yo he oído ese nombre, lo he oído.

—Le han oído todos los que en Madrid asistieron á los infames escándalos de los tres años.

—¿Y está allí, en Regina Cœli?

—La verdad, no quise dejarle en Solsona, porque no tengo confianza en la gentuza que queda allá. Es probable que le dejaran escapar. Después tuve intención de fusilarle en el camino; pero Sr. D. Francisco, yo soy buen católico y no me atrevo á matar á un hombre cuando no puedo darle los auxilios de la religión... Mis creencias no me permiten qui-

tar á un hombre, por malvado que sea, la probabilidad de redención, y aunque éste sea de los que merecen morir como perros, yo... no quiero cuestiones con mi conciencia... ¿He hecho bien?

—Perfectamente: si es usted al mismo tiempo un bravo soldado y un doctor de la Iglesia. Para casos como este tengo yo mis capellanes, que despabilan un par de reos en diez minutos.

—Hay dos curas en Regina Cœli.

—El negocio corre de mi cuenta—dijo don Francisco Chaperón demostrando gran impaciencia.

—¿Confío en que usted castigará al mayor de los criminales?...

—¡Hombre, qué idea! Pues si no lo hiciera... Además de que me gusta arrancar la mala yerba que encuentro en mi camino, soy hombre que no está dispuesto á recibir reprensiones del general en jefe, y le juro á usted que si el conde supiera que yo después de tener en mi mano un pájaro del plumaje de ese caballero masón le había dejado escapar... vamos, no quiero pensarlo. Yo creo que me mandaría dar palos como á un recluta. Usted no conoce bien á ese insigne defensor de la Monarquía. ¡La ordenanza, el exterminio de la gente negra! Estos son los polos sobre que gira el grande espíritu del conde de España... Dicen que Su Excelencia está loco: yo no le tengo por tal, sino por muy cuerdo, y con media docena como él bastaba para arreglar al mundo.

—Es hombre que no perdona una falta ni á Cristo Sacramentado.

—Ni á la Santísima Trinidad. Hombre más inexorable no se ha visto ni se verá. Cuando su hijo no se levanta temprano, el conde manda una banda de tambores á la alcoba... entran despacito, se colocan junto á la cama y de repente... ¡purrrum! rompen generala, y así el muchacho se despabila y salta hasta el techo. Pues digo, cuando D. Carlos encarga á su hija algún trabajo de aguja, ya puede andar lista y acabarlo para cuando su padre le ha dicho, porque si no me la pone de centinela en el balcón con la escoba al hombro dos, tres, cuatro horas, según el caso. No tiene consideración ni con su señora la condesa... Ya podía descuidarse un día en ponerle tal ó cual plato que le gusta. La manda arrestada y la tiene cinco ó seis días sin salir del cuarto con un oficial de guardia á la puerta.

—Eso me parece extravagante.

—Pues yo no opino lo mismo, es preciso que el hombre del día sea muy enérgico. Los lazos del poder se van aflojando mucho y llegará día en que no haya disciplina ni autoridad, y héteme aquí á la sociedad desquiciada por completo. En España hacen falta hombres así, desengáñese usted, Carlos... ¡Si no, á dónde vamos á parar! Dicen que el conde está loco. Ya quisieran más de cuatro tener su juicio. ¡Por vida del Santísimo!... Lo que tiene es muchas agallas. Es el único hombre á quien veo con capacidad bastante para acabar con el bando liberal. Y no se

para en pelillos mi señor conde. Marchando despacito con su ejército va barriendo el país, lo va barriendo, sí, á fusilazos. Como nos dejen no quedará uno para muestra... Figúrese usted que él llega á un pueblo, sale á pasear por las calles y á todo el que encuentra le detiene y le dice: "enséñame el rosario." Como no se lo enseñe va derecho á la cárcel. ¡Ay de los que sean conocidos por sus opiniones! Esos no van á la cárcel: van á otra parte de donde no se vuelve... Yo no soy de los que opinan que España es un hombre cruel y sanguinario... no, señor, todo es relativo. Hay que ver cómo está nuestro país, podrido de malas ideas. Es preciso que esta guerra corte y ampute y despedace y descuartice. ¿No cree usted lo mismo?

—Lo mismo.

—¡Cruel y sanguinario! Pues yo sostengo que es un hombre de bonísimos sentimientos, muy pío y temeroso de Dios. Me consta que confiesa y comulga todas las semanas. ¡Con qué miramientos trata á los señores clérigos y frailes! Yo le he visto en la iglesia dándose golpes de pecho como el mayor pecador del mundo. Me han dicho que tiene éxtasis y que usa silicio... Pero le estoy deteniendo á usted demasiado con mi charla... Es tarde.

—Sí, Sr. D. Francisco, y quiero llegar mañana á la Conca. Mucho me place la compañía; pero es preciso que nos separemos.

—Hombre—dijo Chaperón con acento campechano.—Yo creo que algún día nos hemos

de ver peleando juntos por una misma causa.

—También lo creo.

—Venga un abrazo.

Los dos hombres se acercaron el uno al otro, y dos corazones de tigre latieron juntos unidos por un abrazo. Al separarse, Chaperón le dijo:

—Gracias por el regalo.

—Me olvidaba de una advertencia—indicó Garrote deteniendo un instante su caballo. —Ese Sr. D. Pedro Guimaraens que está en Regina Cœli me parece un poco débil y amigo de contemplaciones.

—¿Sí?... ya le arreglaré yo.

—Puede que le hable á usted de perdonar al reo. Es hombre de mimos y blanduras.

—¿Sí? á buena parte viene. Ya le leeremos la doctrina á ese señor.

Los caballos se encabritaron, emprendióse la marcha y Garrote gritó desde lejos:

—Es preciso ser inexorable.

Chaperón se echó á reír, y su carcajada confundíase con el piafar de los caballos. Más lejos ya, el furibundo cabecilla repitió:

—Inexorable.

Después se oyó el tumulto de las voces de mando, y la tierra trepidaba con el violento pisar de hombres y brutos. El murmullo del ejército en marcha se oía á larga distancia, como el zumbido de un gran enjambre invasor que iba conquistando lentamente el espacio obscuro. El tañido de una esquila les guiaba llamándoles hasta que dieron en el portalón de Regina Cœli.

Fué recibido el señor brigadier por don Pedro Guimaraens que le condujo adentro, mientras los subalternos daban órdenes para alojar y racionar á las tropas. Mostróse muy seco y disciplinario Chaperón, el cual cuando se vió en su dormitorio dijo al coronel que él no había venido á Cataluña á hacer niñerías, que él pensaba en todo y por todo inspirarse en las ideas del general en jefe D. Cárlos España, y que prohibía absolutamente al D. Pedro hablar de clemencia y enternecerse como una cómica que representa el drama sentimental. Dicho esto se paseó por la desmantelada sala y dijo que no habiendo camas dormiría en una silla, pues hombres como él no necesitaban finuras. Mandó que le trajesen un jarro de vino, un pan y la carne fiambre que traía en su baliya, y puesto el mantel sobre una arca vieja, invitó á Guimaraens á que le acompañase con otros dos coroneles en su frugal cena. Hízolo D. Pedro, aunque no tenía gana, y Chaperón engullendo y bebiendo con apetito, no daba paz á la lengua. Era preciso convencerse de que él era inexorable, absolutamente inexorable, de que estaba decidido á corresponder á los deseos del conde de España, su jefe y amigo. A los apostólicos que se sometieran, les perdonaría: eran alucinados y no criminales; á los jacobinos y masones les aplastaría sin piedad. Ya sabía él que en Regina Cœli estaba un gran criminal que debía acabar sus días en la mañana próxima, y como él era absolutamente inexorable contra los

enemigos de la sociedad, prohibía al señor de Guimaraens que le hablase de compasión, porque hombres como él no se ablandaban con suspirillos. Aunque D. Pedro respondía á todo afirmativamente, aún no parecía satisfecho el ogro, y ponía por testigo al Santísimo Sacramento de su decidido entusiasmo por lo absolutamente inexorable.

Asomóse después al balcón que daba al gran patio ó esplanada llena de ruinas, y al retirarse dijo:

—¡Qué negro está todo! Señor coronel Guimaraens...

Don Pedro se puso á sus órdenes.

—Mañana á las seis en punto, forma usted el cuadro en ese patio y me fusila usted al jacobino. A las seis en punto. Yo quiero verlo desde este balcón; sí, quiero verlo con mis propios ojos.

Diciendo esto acercaba dos de sus dedos á los ojos y se estiraba los párpados inferiores, mostrando redondas y saltonas las córneas, bordadas de un cerco sanguinolento; después se sentó en una silla, estiró las piernas, apoyando el brazo derecho en el respaldo y la cabeza en la palma de la mano.

—Voy á dormir un poco. Son las tres. Que me llamen á las seis menos cuarto.

Retiráronse todos y el ogro quedó roncando. Guimaraens fué á dar órdenes, y después de pasar largo rato en las cuadras bajas hablando con los oficiales que estaban á sus órdenes, recordó que Sor Teodora de Aransis le había mandado llamar poco antes. Go-

zoso de ser útil á tan insigne señora, corrió á la caverna donde estaba y por espacio de media hora larga conferenció con ella. Lo que hablaron no lo sabemos; pero quizás lo adivine el que siga leyendo.

XXIX

Don Pedro salió muy cabizbajo. Cuando la señora se quedó sola, sentóse sobre las piedras sepulcrales y apoyando el codo en una tabla y la frente en las coyunturas de su mano cerrada cual si empuñara un arma, estuvo largo rato inmersa en profunda meditación. Su alma sentía una ansiedad hasta entonces desconocida, como no tuviera su semejante en las vagas ansiedades de aquel amor místico que la inflamó durante los primeros días de su vida en el convento. Se preguntaba qué razón había para aquel interés por cosa que tan poco debía importarle: pero no podía darse respuesta satisfactoria. Trató de vencer aquel afán; pero contra este enemigo terrible eran débiles las armas de la razón, que hiriéndole sin matarle, le irritaban más. El enemigo se asentaba al mismo tiempo en su imaginación y en su corazón, aunque más parte ocupaba de aquélla que de éste.

En su mente había una idea, inmutable, aterradoramente fija y clara, la cual le ponía delante como la mayor de las desgracias y de las injusticias posibles, el sacrificio de